

algar  COLECCIÓN CALCETÍN

¿Dónde está el Sr. Spock?

Pura
Azorín



II Premio Leer es Vivir - Juvenil

El pendiente

«Se hacen agujeros», decía el arrugado cartel escrito a mano. Miguel lo miraba sorprendido. Ayer tarde, cuando recorría la feria con los amigos no vio ese lugar. Y ahora estaba ahí, desafiante, como una invitación. También es verdad que ayer iban con las bicis, charlando, haciéndose bromas y empujándose. Se notaba que estaban excitados con la música estridente, las luces y los sugerentes olores del algodón de azúcar, las mazorcas asadas y el incienso que humeaba en los tenderetes indios. Era divertido ver Puebla, su ciudad, con ese aspecto que mantendría durante la feria de septiembre: una semana de acontecimientos inusuales como los conciertos en la plaza de toros o el campo de fútbol, alguna buena película en el único cine de la ciudad y, todas las tardes, los largos paseos con los amigos, las atracciones relucientes y ruidosas que hacían

acelerar la sangre, los giros vertiginosos que les harían sentirse aturdidos y felices. Y las chicas.

Pero ahora, por la mañana, la mayoría de las paradas tenía los toldos bajados. Un matrimonio bastante mayor tomaba churros con chocolate en una mesita con un mantel a cuadros rojos y blancos, y dos vecinas en zapatillas de estar por casa y bata esperaban que se terminara de dorar una gran rueda en el aceite hirviendo. Se dio cuenta de que algunos toldos estaban remendados con lona de otros colores, que por detrás de las casetas había ancianos que tomaban el sol sentados en sillitas bajas y que había niños jugando con baldes de agua mientras sus madres tendían ropa o barrían el trocito de acera que les correspondía por unos días. Siguió mirando la calle; más adelante estaban aparcados los atiborrados coches de los africanos que durante las mañanas permanecían escuchando sus transistores, descubrió una caravana realmente moderna, con antena parabólica y un aparato de aire acondicionado, y al lado vio a un magrebí amodorrado sobre el capó de su desvencijado chrysler, envuelto en una manta. Y de nuevo Miguel volvió a tropezar con el dichoso cartel: «Se hacen agujeros».

Se quedó mirándolo y, como sin querer, una mano se le escapaba hacia la cortina que hacía de puerta.

«Se deduce del cartel que las condiciones higiénicas de ahí adentro no deben ser las óptimas», escuchó una voz en su interior que conocía muy bien, la del héroe viajero que de vez en cuando abandonaba la nave estelar Enterprise. «Eso sin contar con que el hecho de perforar es irreversible y no necesario».

Miguel se detuvo como si el señor Spock, por una vez, se hubiera materializado y le retuviera del brazo. Con su voz fría le susurró al oído: «En el cuerpo humano se hallan reliquias de necesidades superadas, pero nosotros no podemos renunciar sin más al apéndice o a los dientes caninos. Es ilógico retomar un gesto ritual como el de horadarse el lóbulo del repliegue cutáneo que forma parte del exterior del oído, a no ser que exista alguna razón que yo ignore».

Miguel pensó en su oreja atravesada por un pequeño aro de metal, un pendiente de plata. Sí, le gustaba el aspecto que tendría, le gustaba mucho. Ya desde antes del verano le estaba dando vueltas al asunto y ahora le apetecía más que nunca. Con decisión levantó la cortinilla y entró. A Miguel no le quedaba ni rastro de aprensión, pero al señor Spock le tranquilizó algo otro letrado que había dentro: «Perforaciones sin dolor. Material estéril».

Los amigos

Y no te dijeron nada en tu casa? -preguntó el Sapo con los ojos fijos en el pendiente. Las cuatro bicicletas estaban a un lado, apoyadas en la roca, el ascenso había sido duro y los muchachos ahora descansaban a la sombra de los pinos. Detrás de ellos, en la cima del cerro, estaban las ruinas de una antigua fortaleza árabe.

Miguel miraba Puebla allá abajo; en una esquina se distinguían las casetas, la noria grande, los coches de choque. Desde arriba la feria parecía un juguete tirado en el suelo.

-Mi madre creía que me iba a hacer un tatuaje. Por eso yo creo que hasta sintió alivio cuando me lo vio -respondió el muchacho acariciándose el aro de plata.

-Entonces, ¿qué hay de nuestro tatuaje? -se lamentó el Bola-. ¡Tío!, ya lo teníamos todo planeado, ya sólo nos faltaba sortearnos los palos de la baraja.

-Claro, genio -cortó Fede-, sólo nos faltaba repartir los corazones, los rombos, los tréboles y las picas. Y conseguir el dinero, y encontrar el lugar donde nos lo hicieran, y viajar más de cien kilómetros en autobús, y decirle a nuestros padres que era el viaje de estudios y ver si cuele, listo, que eres un listo, bola de sebo.

Y mientras decía eso, Fede le lanzaba chorros de agua de su cantimplora de plástico al centro de la camiseta favorita del Bola, negra con una calavera blanca que con las luces de neón se volvía fluorescente, y el Bola, utilizando su única táctica de lucha, se abalanzó con todo su corpachón sobre Fede, que intentó esquivar la avalancha de carne sudorosa y se enredaron en una tonta trifulca. Como siempre. Porque daba muchas ganas de chincar al Bola, de hacerle rabiar para ver cómo se enfadaba y cargaba contra cualquiera que se metiera con sus manías. Y la peor de todas era su afición por releerse el asqueroso *Índice Harpers* que llevaba por los bolsillos, con las tapas gastadas y las hojas resobadas: «¿A que no sabéis que una persona adulta ventosea 3000 veces al año?».

-Ostras, Miguel, qué molón es tu pendiente -dijo con admiración el Sapo-. Mi prima, que está buenísima, tiene tres agujeros en una oreja y un aro en la nariz. Y además -musitó cerrando los ojillos y haciendo una pausa-, lleva un aro..., allí mismo. Lo juro.

-¿Esa prima tuya que te da tabaco y se baña desnuda en la balsa de riego? -preguntó interesado el Bola que, súbitamente, había cesado de pelear y se sacudía cuidadosamente el polvo de la calavera.

Y era verdad. Un día se aproximó buceando hasta ver cómo brillaba. La chica sacó del agua al Sapo un instante antes de que el chaval se ahogara con una expresión en la cara absolutamente dichosa, y el Sapo estaba convencido de que esa fue la vez que estuvo más cerca de la felicidad. Fede dijo que a lo mejor era muy incómodo tener aquello y que, además, corría el peligro de oxidarse, comentario que produjo tal ataque de risa al Bola que le hizo rodar por el suelo y volver a mancharse la camiseta favorita.

Invariablemente las conversaciones terminaban en el mismo punto. Ya podían comenzar hablando de coches, de cine o de música, que siempre desembocaban hablando de sexo. «Ciertamente, Miguel, no es muy alto el nivel intelectual que soléis emplear los colegas, pero en algunas cuestiones es imposible llegar más bajo», dijo el señor Spock con sorna, y Miguel supo que esta vez tenía más razón que un santo. Luego se levantó, se acarició el pendiente y sugirió que regresaran al pueblo.

Bajaron a tumba abierta por la cuesta de la montaña. En cada curva las ruedas derrapaban haciendo un chasquido y levantando nubes de polvo y en las rectas alcanzaban una velocidad considerable. «¡Por lo menos a setenta!», oyó que Fede gritaba allá adelante. Federico era su amigo desde el jardín de infancia, era genial con los deportes y la mecánica; podía adivinar la marca de un automóvil con sólo oír el ruido de su motor, y la máxima aspiración en su vida era conducir el camión de su padre. Miguel aún pudo reducir la distancia que lo separaba de su amigo y llegaron casi a la vez a las primeras casitas del pueblo. Una abuela

que rociaba su puerta les dijo que qué atropello, vaya unos gamberros, y furiosa les tiró el agua que le quedaba en el cubo. Dio de lleno en la camiseta del Bola que se había quedado rezagado.